



CUERPO DE ASALTO

Alberto Meneses

La humanidad está al borde de la extinción. Los recursos de la Tierra se han agotado y el hambre y las enfermedades diezman a la población, obligando al ser humano a trasladarse al Sistema Hermes. Allí conocerá un bienestar como nunca hasta entonces, aunque tras dos siglos de paz y prosperidad una nueva amenaza se cierne sobre nuestra raza. Los antianos, la única raza inteligente de Hermes, amenazan con adueñarse de la galaxia y exterminar al hombre para siempre. La única opción es tomar las armas y crear un ejército capaz de parar el avance de los antianos y derrotarles.

Tommy es un chico tímido que ha perdido a sus padres al inicio de la guerra y cuyo único deseo es poder vengar su muerte. Su vida comenzará a cambiar cuando se convierte en una estrella del Rompedor, el deporte más famoso de la época, formando parte del equipo de los Toros. Junto a ellos conocerá la gloria y la fama, aunque las continuas derrotas del ejército colonial a manos de los antianos le devolverán pronto a la realidad. Los humanos están perdiendo la guerra y la única esperanza de impedirlo reside en un nuevo traje de combate y la unidad que lo maneja: el Cuerpo de Asalto. Tommy se alistará en él, sin saber que esa decisión cambiará para siempre el rumbo de la guerra.

A Gonzalo, por su fe en mí.

PARTE 1: EL PLANETA IRIS

0. PRÓLOGO

El humo impedía que fuese capaz de ver nada de lo que sucedía a su alrededor. Era un humo negro, denso, que, de no ser por la persona que tiraba de él, le habría obligado a detenerse.

—No te sueltes, Tommy —oyó la voz de su madre mientras le apretaba con fuerza la mano.

Una nueva explosión se produjo muy cerca de ellos y a sus oídos llegó el grito desgarrador de varias personas, posiblemente heridas de gravedad, lo que hizo que se asustase aún más de lo que ya estaba.

—¡Mamá! ¿Dónde está papá? —chilló para que pudiese oírle.

No obtuvo respuesta. Ella continuó corriendo, tirando de él, y no fue hasta que llegaron a una zona en la que el humo era menos denso que se volvió para mirarle.

—Tenemos que llegar al puerto, Tommy —dijo con voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Pero dónde está papá? —insistió él tirando de su mano para que se detuviese.

—Tommy, por favor, no te pares —le rogó.

—Yo quiero ir con papá —chilló el pequeño de apenas seis años—. ¿Por qué no está aquí papá?

Su madre se detuvo al comprender que si no lo hacía debería llevarle a rastras y se arrodilló frente a él, poniendo las manos sobre sus hombros.

—Escúchame, hijo —comenzó explicarle mientras intentaba contener el llanto—. Papá no puede venir con nosotros.

—¿Por qué? Yo quiero que venga. ¿Por qué no viene?

La mujer sintió cómo se le desgarraba el corazón, pero aun así, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, trató

de dibujar un gesto tranquilizador.

—El lugar donde trabaja papá ha sido atacado por una gente mala y tenemos que tratar de llegar al puerto espacial para coger una nave y ponernos a salvo.

—¿Y papá no viene con nosotros?

Su madre ya no tuvo fuerzas para contestarle. Le abrazó contra su pecho y comenzó a llorar desconsolada, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, mientras el crío no acertaba a entender lo que sucedía.

Fue entonces cuando se produjo una fuerte explosión, mayor de las que había oído hasta entonces, y Tommy sintió como si una fuerza invisible les levantase a ambos y les arrojase contra el suelo con violencia. Por suerte para él, su madre le protegió con su cuerpo y evitó que se golpease contra alguno de los escombros. Tras unos instantes de incertidumbre, el crío se dio cuenta de que su madre no se movía y cuando se incorporó para mirarla comprobó horrorizado que tenía la cabeza llena de sangre. Sus ojos estaban abiertos pero inertes, sin vida, y a pesar de todos sus gritos y zarandeos para que se levantase ella no respondió.

—¡Vamos, chico! —le gritó de pronto alguien cogiéndole en volandas y llevándoselo de allí—. Tu madre está muerta. No puedes hacer nada por ella.

Al oír aquello el crío comenzó a llorar y a gritarle a aquel extraño que le dejase volver con ella, pero no le obedeció. Corrió veloz, sujetándole con fuerza, y para cuando quiso darse cuenta ambos estaban entrando en una nave. Allí una mujer a la que no conocía de nada se hizo cargo de él y pocos minutos después despegaban en dirección al oscuro espacio exterior.

Fue la última vez que pisó la Tierra... que todos ellos la pisaron.

1. SISTEMA HERMES

A mediados del siglo XXI la humanidad inició su camino hacia la extinción. A pesar de las advertencias que los científicos habían lanzado durante años, los recursos del planeta se habían agotado y para cuando los gobiernos quisieron tomar cartas en el asunto ya era demasiado tarde. El cambio climático, causado por los vertidos incontrolados, la tala indiscriminada de árboles y la emisión de gases nocivos a la atmósfera (como principales causas, entre otras muchas) provocaron peores efectos de los que el más pesimista de los científicos había calculado. Los glaciares se fundieron, elevándose el nivel del mar casi un metro, lo que provocó que desapareciesen muchas zonas costeras. La corriente del Golfo se desestabilizó y el clima cambió drásticamente y radicalmente. Tan pronto las lluvias causaban grandes inundaciones como se producían meses y meses de sequía, lo que motivó que se perdiesen muchas cosechas y se extendiesen la hambruna y las epidemias por todo el planeta. En pocas décadas la población sobre la Tierra se redujo a la mitad. Los gobiernos se derrumbaron y los pocos que lograron resistir se enfrentaron entre sí en cruentas guerras por las migajas de lo poco que quedaba. El cambio de siglo marcó el principio del fin de la raza humana... hasta que la Iglesia Neoclásica apareció en escena.

La Neoclásica era una religión minoritaria que había nacido en el último tercio del siglo XXI en la firme creencia de que todos los males de la humanidad provenían de su rechazo a los dioses clásicos a favor de un único dios todopoderoso (llámese Dios, Jehová o Alá). Los neoclásicos afirmaban que los dioses estaban enfadados con los hombres por la indiferencia que habían mostrado hacia ellos durante siglos y, sobre todo, por su falta de respeto a Gea, la Madre

Tierra. Pronosticaron que la ambición y egoísmo de la raza humana desembocaría en un Apocalipsis en el que solo los creyentes sobrevivirían y cuando este se produjo fueron muchos los que se acercaron a sus templos en busca de la salvación.

El éxito de esta religión radicó en que, a diferencia de las demás, la Neoclásica sí que ofrecía una salvación tangible. Quizás por pura coincidencia o por conocimiento de los científicos que la integraban, la Iglesia Neoclásica se instaló en diversas zonas del mundo que no se vieron afectadas por la sequía ni azotadas por una climatología adversa. Allí lograron sobrevivir, retomando las costumbres y creencias del Mundo Clásico, lo que provocó que con el paso de los años cada vez fuesen más los que adoptasen su filosofía, dando la espalda al resto de religiones. Que tomasen el poder en un mundo devastado solo fue cuestión de tiempo.

A mediados del siglo XXII los pocos cientos de miles de personas que habían logrado esquivar a la muerte se asentaron en las ciudades neoclásicas, donde comenzaron a vivir según las normas de su iglesia. Estas normas decían que todos debían trabajar por el bien común y el progreso científico de la humanidad, dejando a un lado los sentimientos bélicos y el egoísmo que a punto había estado de provocar la extinción del ser humano. Se desterraron las guerras, las armas y la vida del ser humano se orientó hacia el progreso y el estudio, tomando como modelo la Antigua Grecia.

A pesar de ello, la Tierra era un planeta agotado, incapaz de abastecer a una población que por lógica debía ir en aumento, así que se tomó la decisión de buscar un lugar con garantías de futuro donde asentarse. Y ese lugar fue Hermes.

En el año 2.243 la primera nave espacial llegaba a un nuevo sistema planetario al que denominaron Hermes (en honor al dios griego de los viajeros). Poco a poco y con el transcurso de los años, buena parte de la población terres-

tre se fue trasladando a él, comenzando así una nueva página en la historia de la humanidad.

Hermes es un sistema planetario que se compone de un total de diecinueve planetas iluminados por Helios, una estrella central con el doble de tamaño que el Sol del Sistema Solar.

Los dos planetas más alejados del centro del sistema son Eris y Nix, cuya superficie helada no permite ningún tipo de vida y que por lo tanto nunca fueron colonizados. Sí lo fueron los cuatro siguientes, Eos, Hécate, Hipnos y Hebe, que, aun no disponiendo de atmósfera respirable, sí son ricos en recursos minerales, lo que motivó la creación de diversas explotaciones mineras y ciudades-cúpula cercanas a ellas. A continuación está Aura, un pequeño planeta de escasa vegetación pero con atmósfera respirable, y Antía, único planeta de todo el sistema habitado por seres inteligentes y que merece una mención aparte.

El siguiente planeta es Circe, inhabitable pero rico en recursos minerales, y tras él seis planetas habitables: Talia, Cratos, Teseo, Hera, Poseidón e Iris. Tras ellos se encuentra Eolo, únicamente aprovechable por sus yacimientos, y los tres últimos, Fobos, Deimos y Hefesto, son inhabitables por sus altas temperaturas debido a su cercanía con Helios, la estrella solar que ilumina Hermes.

Resumiendo, Hermes tiene ocho planetas habitables, de los cuales los humanos ocuparon inicialmente siete (Aura, Talia, Cratos, Teseo, Hera, Poseidón e Iris), y seis más en los que crearon yacimientos minerales y pequeñas ciudades-cúpula para los trabajadores y sus familias (Eos, Hécate, Hipnos, Hebe, Circe y Eolo).

La ocupación del Sistema Hermes trajo importantes cambios para la humanidad. Desapareció el concepto de nación y se crearon las ocho colonias, una por cada uno de los siete planetas colonizados, conformando la Tierra (o Gea, como se la llamó a partir de entonces) la última de ellas. Un único gobierno, denominado Gran Consejo Colonial y formado por los representantes de cada colonia, se encargó de regir los destinos de la humanidad y de no repetir los errores del pasado. Atrás quedaron definitivamente las guerras y los poderes económicos y políticos. El hombre dedicó su vida a la religión y al desarrollo tecnológico y científico, y por primera vez en la historia conoció un bienestar que hasta entonces parecía utópico. Hasta que los antianos nos despertaron de ese sueño.

De todos los planetas del Sistema Hermes, solo uno de ellos estaba habitado por una raza inteligente, Antía, planeta que inicialmente fue llamado Artemisa pero que luego adoptó el nombre con el que era conocido por sus habitantes.

Los antianos son seres bípedos con rasgos muy parecidos a los humanos. Les diferencia su menor estatura (apenas metro y medio), sus grandes ojos oscuros con una nariz entre ellos apenas perceptible y una piel totalmente roja, debido a que su cuerpo está formado en tres cuartas partes por sangre de ese color. Curiosamente poseen seis dedos en sus manos, no así en los pies donde carecen de ellos, y sus brazos son fuertes y musculosos, de un modo casi desproporcionado. Algunos bromeaban diciendo que parecían diablos enanos con cuerpos hercúleos.

Cuando contactaron con ellos, los antianos eran un pueblo belicoso y tecnológicamente prehistórico, que vivía formando distintas tribus en continua lucha unas contra otras. Así había sido durante siglos, hasta la llegada de los humanos. Tras varias décadas de relaciones e intercambios, mi-

sioneros neoclásicos decidieron inculcar en la población antiana su filosofía y modo de vida, haciéndoles ver que si continuaban por la senda de la guerra acabarían extinguiéndose, tal y como había estado a punto de suceder en Gea. Ese fue el primer error que cometieron los humanos.

Los antianos, en principio, aceptaron la nueva religión, aunque lo hicieron para poder estudiar a los humanos y averiguar sus puntos débiles. Mientras exteriormente aceptaban el modo de vida neoclásico, en la intimidad seguían practicando sus antiguos ritos y creencias, convencidos de que tenían ante sí una oportunidad inmejorable para dar un salto evolutivo imposible de lograr sin la influencia de aquella raza venida del espacio.

Tras varias décadas inculcándoles el neoclasicismo, los humanos decidieron que era el momento de aprovechar las cualidades de aquella raza que se mostraba tan sumisa y dispuesta a trabajar para ellos. Dado que, gracias a su anatomía, la capacidad de trabajo de un antiano era tres veces superior a la de un humano, el Gran Consejo dio el visto bueno para instalar en Antía las primeras fábricas, utilizando a sus habitantes como obreros. De ese modo esperaban abastecer con mayor rapidez a unas colonias en continuo desarrollo. Ese fue el segundo error que cometieron.

Los antianos fueron capaces de trabajar en turnos de más del triple de tiempo que los humanos y demostraron una especial habilidad para realizar labores cada vez más técnicas, lo que sorprendió gratamente a los humanos que vieron en Antía la principal fuente de su desarrollo tecnológico. Lo que desconocían era que, además de buenos trabajadores, los antianos eran capaces de copiar y de mejorar todo lo que pasaba por sus manos. La frase que se utilizaría más tarde para definirlos sería: *"un antiano es incapaz de tener una idea original, pero dale una tuya y la mejorará hasta límites insospechados"*. Por desgracia no lo descubrieron hasta que fue demasiado tarde.

Los planetas mineros necesitaban un gran número de naves de carga para poder atender las necesidades de unas colonias cuya población aumentaba exponencialmente año tras año. Los únicos capaces de conseguirlo eran los antianos, así que bien entrado el año 2.383 el Gran Consejo Colonial dio el visto nuevo para la instalación en Antía de un astillero espacial, dándole a los antianos aquello que llevaban esperando desde que el primer humano había pisado el planeta: la oportunidad de destruir a los invasores. Ese fue el tercer error que cometieron y el mayor de todos.

Cuando tres meses después la primera remesa de naves estaba lista para ser entregada, los antianos lanzaron un ataque coordinado en todo el planeta eliminando a los humanos residentes y tomando el control de las instalaciones en muy pocas horas. Para ello se sirvieron de los fusiles láser que habían fabricado en secreto utilizando como modelo los taladros láser destinados a su uso en las explotaciones mineras. Luego se subieron a las naves de carga y partieron rumbo hacia la nave-madre que orbitaba el planeta en espera de suministros, donde veinte mil hombres desarmados fueron incapaces de hacer frente a dos mil antianos ávidos de sangre y que no dejaron a nadie con vida.

La noticia causó tal impacto en todo el sistema que los humanos no supieron reaccionar. El Gran Consejo, tras días de debates y discusiones, decidió que lo mejor era intentar solucionar la crisis a través del diálogo y para ello enviaron una delegación de embajadores a Antía. Lo cierto es que tampoco tenían otra opción. Nadie estaba preparado para una guerra y la vía diplomática parecía la opción más lógica.

Los antianos les despertaron rápidamente de ese sueño cuando derribaron la nave que transportaba a los embajadores. De nuevo se produjeron las dudas y se tomó una decisión equivocada, probablemente la más grave de todas las que se habían tomado hasta entonces: dejar en paz a los antianos con la esperanza de que estos, una vez recupe-

rado el control de su planeta, no volverían a atacarles. No fue así. Los antianos cogieron a sus tropas y una treintena de naves de carga adaptadas para el combate y las cargaron en la nave-madre capturada, poniendo rumbo a un nuevo planeta... a Gea.

A pesar de que gran parte de la población terrestre emigró al Sistema Hermes, hubo algunos que decidieron quedarse en Gea, viviendo en las zonas que aún eran fértiles. Con el tiempo se demostró que fue una decisión acertada, ya que los planetas del nuevo sistema no eran tan productivos como el planeta azul. Con el paso de los años Gea se convirtió en la gran despensa de Hermes e incluso algunos regresaron para trabajar en los campos de los que salían buena parte de los alimentos que abastecían a las colonias.

Los antianos lo sabían, del mismo modo que sabían que los humanos no estaban preparados para una guerra. La mentalidad pacifista de los últimos dos siglos los habían convertido en presa fácil para unos depredadores que ambicionaban algo más que controlar Antía. Querían todos los planetas del sistema y para lograrlo el primer paso era cortar el suministro de alimentos a las colonias.

Dada la nula resistencia que encontraron al llegar a Gea, no les costó demasiado barrer el planeta y exterminar a sus habitantes, dejando algo muy claro: no pensaban hacer prisioneros. Solo unos pocos lograron huir de la devastación y llegar a Hermes, donde el Gran Consejo comprendió que la guerra era ya inevitable y que los antianos no se detendrían hasta aniquilar a la raza humana.

Tras la invasión de Gea a principios del año 2.384, los antianos iniciaron la ocupación del Sistema Hermes. Lo hicieron conscientes de su superioridad y convencidos de que los humanos jamás podrían detenerles. Ese mismo año, y sin

encontrar oposición, se adueñaron de las explotaciones mineras de Eos, Hécate, Hipnos y Hebe, cuyos minerales eran imprescindibles para la construcción de más naves espaciales y del armamento necesario para alimentar su maquinaria bélica. Dos años dedicaron a esa labor y en el año 2.386, una vez conformada una poderosa flota, iniciaron la conquista de Aura, el primer planeta colonizado más alejado del centro del sistema. Para entonces los humanos ya se habían organizado y creado un pequeño ejército de diez mil hombres que apenas pudo resistir unas semanas el empuje del medio millón de antianos mejor armados y dotados del ardor guerrero que la raza humana había perdido hacía varias generaciones. Tras esta aplastante victoria los antianos se asentaron en Aura y fortalecieron sus defensas en Antía antes de continuar su avance al año siguiente.

En 2.387 la flota colonial que defendía el planeta Circe y que trataba impedir la invasión del planeta fue prácticamente aniquilada por los antianos, obligando a los humanos a replegar las pocas fuerzas que les quedaban al siguiente planeta, Talía, con la esperanza de poder ofrecer allí una mayor resistencia y dejando por lo tanto en bandeja a los antianos las explotaciones mineras de Circe.

No fue hasta el 2.388, año en el que los antianos iniciaron la invasión de Talía, que el ejército colonial logró ofrecer una mayor resistencia. Con un ejército cada vez mejor equipado, más numeroso y con un mejor desarrollo de las tácticas militares se logró repeler los constantes ataques antianos, los cuales se basaban únicamente en la superioridad numérica y la premisa de no destruir las ciudades ni los edificios para que su población pudiese ocuparlos después. Sin embargo, tras dos años de combates los humanos tuvieron que retirarse, incapaces de resistir por más tiempo. A pesar de las enormes bajas que causaban a sus enemigos, estos volvían al siguiente ataque con sus líneas recompuestas, lo que supuso tal desgaste en las tropas humanas que tuvieron que abandonar Talía antes de perecer allí.

La explicación de esa facilidad para recomponer sus líneas venía dada por la genética de los antianos. Su esperanza de vida no supera los treinta años pero alcanzan la madurez a los dos años de edad. Teniendo en cuenta que las hembras pueden dar a luz cada cinco meses y que en cada parto tienen un mínimo de tres hijos, el aumento de población en los primeros años de la guerra fue vertiginoso. Si al inicio era de una tercera parte con respecto a la humana, cuatro años después la población antiana ya doblaba a la humana y cuando iniciaron la invasión de Cratos en el año 2.390 la quintuplicaba. Los antianos, además de disponer de una poderosa industria armamentística, tenían una fábrica de guerreros inagotable, haciendo inútiles los intentos del ejército colonial por derrotarles.

A finales del año 2.392 la situación era desesperada. Las colonias únicamente controlaban seis planetas, uno de ellos sin atmósfera, y las previsiones eran que Cratos no tardaría en caer tras casi tres años de combates. Por primera vez los humanos comenzaron a barajar la posibilidad de huir a otro sistema planetario en el que asentarse; huir mientras todavía fuese posible.